
Churchill continúa teniendo razón

Florentino Portero

A principios de año llegó a los estantes de nuestras librerías la edición española de un hermoso libro editado en inglés en 2001. Me refiero a los *Cinco días en Londres, mayo de 1940. Churchill solo frente a Hitler*, del historiador norteamericano John Lukacs. Más recientemente se ha publicado la traducción del *Churchill* de Roy Jenkins, también originalmente de 2001, una excelente biografía a cargo de una de las figuras políticas más atractivas de la escena británica de la segunda mitad del siglo xx, en la actualidad rector de la Universidad de Oxford. En ambos estudios los autores tratan de reconstruir el proceso político por el cual el gobierno británico abandonó la estrategia de llegar a un entendimiento con la Alemania nazi para asumir la inevitabilidad de un enfrentamiento bélico. Este tema ha provocado cientos de miles de páginas, desde los días en que el Reino Unido tuvo que hacer frente a la amenaza nazi hasta hoy. Durante años la historiografía y los medios de comunicación encumbraron a Winston Churchill a la condición de héroe nacional, haciendo de él

el estadista capaz de entender la gravedad de la situación ante la que Gran Bretaña se encontraba y dotado del valor suficiente para asumir, hasta sus últimas consecuencias, sus implicaciones políticas, diplomáticas y militares. Churchill había sabido infundir en la ciudadanía el sentimiento de la dignidad nacional, la justicia de su causa, la capacidad de sacrificio y la esperanza en una victoria que, a primera vista, resultaba algo más que incierta. Por el contrario, la clase dirigente del momento, representada por destacados notables del *establishment tory* como Chamberlain, Hoare o Lord Halifax, fue tachada de cobarde, cuando no de traidora, por defender y aplicar durante algún tiempo una política dirigida a apaciguar las ambiciones nazis a costa de cesiones inmorales e inútiles. Desde entonces expresiones como *appeasement policies* o términos como *appeaser* son utilizados en el debate político con un contenido claramente peyorativo. Con el paso del tiempo la historiografía británica fue rescatando a estos personajes del estado de ignominia en el que habían sido recluidos, comprendiendo, aunque no justificando, la esencia de sus políticas. No eran ni cobardes ni insensatos. Aplicaban la forma de hacer política exterior que habían aprendido de sus mayores, a través de la experiencia de años en puestos de responsabilidad. Su problema fue no comprender la esencia de la amenaza a la que se estaban enfrentando. Cuando ellos creían satisfacer las demandas alemanas en realidad estaban poniendo de manifiesto la debilidad de la posición británica, animando a Hitler a realizar nuevas reivindicaciones. Sesenta años después Lucaks y Jenkins nos presentan una interpretación equilibrada y bien fundada de lo que fueron aquellos momentos en que colisionaron dos interpretaciones de la amenaza y dos formas de hacerle frente. Como si de un drama de William Shakespeare se tratara, los personajes deambulan entre los Comunes y Whitehall midiendo sus fuerzas y tratando de imponer sus posiciones. Obras hermosas y ejemplares estas que comentamos, que nos replantean un tema clásico de nuestra historia común.

Para un lector atento resultará fascinante la paradoja de que hoy en día se mantenga como verdad canónica que Churchill tenía razón en 1939 y 1940 en que las estrategias de pacificación sólo sirven para envalentonar a quien amenaza y que, al mismo tiempo, se haya hecho de estas estrategias el modo habitual y cotidiano de actuar, con el agravante de una autosatisfacción de tintes ridículos. Que la historia no es una disciplina aplicada es obvio, pero de la experiencia de lo ocurrido en tiempos pasados se pueden sacar algunas conclusiones. Lo interesante de la situación actual es nuestra capacidad para defender ideas contradictorias sin, aparentemente, ser conscientes de ello. Los ejemplos los tenemos a la vista y son numerosos desde la caída del Muro de Berlín: las negociaciones para establecer los dos «conceptos estratégicos» de la Alianza Atlántica, las crisis de Bosnia y de Kosovo, el debate sobre la defensa anti-misiles, el mantenimiento o no del Tratado norteamericano-soviético contra misiles balísticos y, más recientemente, la cuestión iraquí. Aunque son casos muy distintos entre sí, encontramos coincidencias en la posición europea en algunos o todos los debates citados: un intento de no ver el problema o de reducirlo a dimensiones mínimas o locales; un esfuerzo por mantener el *status quo*, aunque éste resulte ya anacrónico; una negativa en primera instancia a hacer uso de la fuerza, unida a una reivindicación de los medios diplomáticos, y, finalmente, la aceptación del problema y, en su caso, del uso de medios militares.

Casi al mismo tiempo que recibíamos la obra de Lucaks, se publicaba en el número de mayo-junio de la revista académica *Policy Review*, editada por la conservadora Hoover Institution de la Universidad de Standford, un artículo del analista del Carnegie Endowment for International Peace Robert Kagan titulado «Power and Weakness». Una versión abreviada apareció también en aquellas fechas en *The Washington Post* y en el *International Herald Tribune*. Sin ánimo de resumir aquí el conjunto de sus ideas, Kagan sub-

rayaba la gravedad de la crisis en las relaciones entre Europa y Estados Unidos, por ser resultado, sobre todo, de una quiebra filosófica entre los Estados situados a ambas orillas del Atlántico. Así, los temas que en la actualidad protagonizan esta bronca familiar –el papel de los organismos internacionales en la dirección de la política internacional, el Protocolo de Kyoto, el Tribunal Penal Internacional, la cuestión israelo-palestina, la crisis de Irak...– ponen en evidencia esa crisis cultural. A su juicio, en las últimas décadas las naciones europeas han ido evolucionando desde una interpretación *hobbesiana* de la realidad a otra *kantiana*. Frente al *homo homini lupus* los Estados del Viejo Continente reivindicamos un orden internacional firmemente asentado en el derecho, en la norma resultado del trabajo realizado en los organismos internacionales. De la misma forma que en la sociedad estatal los individuos nos hemos plegado al imperativo de la ley para asegurar la convivencia, en la sociedad internacional los Estados deberían cumplir un papel semejante. El triunfo de la visión kantiana sería también el de la propia civilización, donde no habría espacio para acciones unilaterales, por bien intencionadas que fueran.

Para muchos europeos la posición que casi unánimemente defienden sus gobiernos y, consiguientemente, Javier Solana en su condición de *Mr. Pesc*, es el resultado de la propia evolución de la historia continental. Después de siglos de guerras, de dos terroríficos conflictos mundiales y tras la experiencia de la colonización y la descolonización, los europeos han comprendido los límites del uso de la fuerza en las relaciones internacionales y apuestan inequívocamente por un orden asentado en el derecho y en la diplomacia. Pero ¿es esto verdad? El triunfo del derecho no sólo no está reñido con el uso de la fuerza en las relaciones internacionales sino que va de su mano, dotándola de legalidad cuando su ejercicio se realiza en los casos previstos y siguiendo los procedimientos establecidos. Lo que caracteriza a la sociedad europea de nuestros

días no es su apuesta por el derecho, sino el uso que hace de él para evitar recurrir a la fuerza cuando resulta necesario y no viola la normativa internacional.

La posición europea podría criticarse desde distintos ángulos. Dadas las obvias diferencias entre las sociedades occidentales, casi las únicas en las que se ha logrado establecer un Estado de derecho, y la gran mayoría de los pueblos que habitan el planeta, sometidos a regímenes autoritarios y con ínfimos niveles de educación, salud o renta, es previsible que Estados *fallidos*, *gamberros* o cualquiera de sus variantes generen situaciones ante las que la diplomacia se muestre insuficiente y la amenaza de sanciones, en un ejercicio de derecho internacional al gusto europeo, sea incapaz de ejercer el efecto disuasorio buscado. Los ejemplos de Milósevíc en la crisis de Kosovo o de Hussein en 1998 son muy clarificadores para quien quiera entender. A estos casos habría que añadir los problemas derivados de las diferencias de civilización, que provocan una distinta interpretación de valores supuestamente comunes. Pero no es éste el aspecto fundamental. Detrás de lo que Kagan califica como kantiano hay algo más que una distinta interpretación de cómo debe o cómo puede funcionar el orden internacional. Hay también una actitud acomodaticia que tiene su origen en la propia historia y, sobre todo, en la conciencia de impotencia.

Los historiadores sitúan la pérdida de la hegemonía europea entre las dos guerras mundiales. En aquellos años los regímenes políticos liberales entraron en crisis ante el reto que suponía adaptarse a una naciente sociedad de masas. El clásico equilibrio europeo, regido desde su condición insular por el Reino Unido, se desmoronó ante la emergencia de las potencias totalitarias, dotadas de nuevos presupuestos ideológicos que las hacían más agresivas que sus predecesoras. La asunción del papel de potencia global por parte de Estados Unidos y el establecimiento de un «protectorado» sobre Europa desde 1949 dio paso a un nuevo período de la historia con-

tinental marcado por la prosperidad y el bienestar social, pero también por la pérdida de protagonismo internacional. La *pax americana* impuso la democracia en su ámbito de influencia y con ella, fuertemente arraigada en la previa experiencia liberal, la justicia social, el desarrollo económico, la educación, el «Estado de bienestar» que ha garantizado a estas sociedades la convivencia social. Sin duda el gran patrimonio que nos han legado las generaciones a las que tocó en suerte reconstruir Europa. Este nuevo orden ha convertido al Viejo Continente en la primera potencia económica del mundo. Sin embargo, el hecho de carecer de una estructura estatal, de una política exterior y unas Fuerzas Armadas, de vivir bajo la protección de Estados Unidos, ha situado a los Estados europeos en una posición de incómoda dependencia.

Somos conscientes de que nuestras diplomacias de forma aislada apenas si tienen alguna influencia, pero todavía no hemos sido capaces de crear una diplomacia europea. Este hecho no hay que verlo como un fracaso. En perspectiva histórica el proceso de construcción de la Unión Europea es vertiginoso. El ejemplo del euro, tantas veces citado, merece admiración. Sin embargo, el avance de la Unión va parejo a la merma de soberanía de los Estados, por lo que debe hacerse con prudencia y eficacia. No se puede desmontar en un tiempo breve lo que costó siglos construir. Pero mientras no tengamos una diplomacia común y las posiciones sean varias y distintas, seguiremos teniendo un papel secundario en la escena internacional y esto es algo que los europeos aceptamos mal. Queremos que Estados Unidos nos trate con consideración, en condiciones de igualdad, cuando desde la otra orilla del Atlántico se nos ve como lo que somos, un conjunto de pequeños Estados divididos que a la hora de la verdad aportan poco, cuando no son un estorbo.

En el terreno militar la situación es más preocupante. La defensa sigue siendo ámbito estricto de los Estados. Conscientes de que carecemos de capacidad para disponer de fuerzas expedicio-

narias o para transformar nuestras unidades ante los retos que supone la *revolución de los asuntos militares*, es decir la transformación de la ciencia militar por efecto de la aplicación de las nuevas tecnologías, los Estados europeos hemos optado por dotar a nuestras Fuerzas Armadas de un «perfil bajo», invirtiendo poco y asegurándonos una cierta capacidad de despliegue en el marco de operaciones multinacionales. En otras palabras, puesto que todavía no podemos tener una defensa europea y las nacionales no son capaces de dar respuesta a los retos de nuestro tiempo, más vale no gastar demasiado dinero y confiar en que Estados Unidos nos saque de los apuros que vayan surgiendo. La idea de *protectorado* ha cuajado, pero sus consecuencias son bien conocidas. Los europeos quieren gozar de los derechos de potencia mundial sin gastar en defensa y se irritan ante el ejercicio imperial norteamericano sin consideración a sus puntos de vista. Parecen olvidar hasta qué punto en la cultura política norteamericana está grabado el principio revolucionario de *no taxation without representation*. Si los europeos queremos ser oídos y respetados deberemos primero realizar las inversiones necesarias para recuperar la operatividad perdida de nuestras Fuerzas Armadas. Si no aportamos, si sólo somos una carga, seremos tratados como corresponde a un *Protectorado*.

Es evidente que unas Fuerzas Armadas europeas harían posible una extraordinaria racionalización de gastos y unas formidables economías de escala, todo lo cual nos permitiría avanzar en la transformación tecnológica de nuestros ejércitos. Pero el que eso no sea posible hoy no hace excusable el penoso estado operativo de la mayor parte de las fuerzas armadas del Viejo Continente. No es que los europeos estemos a favor del derecho y en contra de la fuerza, es que no disponemos de fuerza. Nuestra defensa de la diplomacia y del derecho internacional no es el resultado de un avance de civilización, como a menudo leemos en referencia al *cowboy* americano, sino la expresión de nuestra impotencia.

Nuestro compromiso con la diplomacia y el derecho internacional no es sincero, sino instrumental. Tenemos un buen ejemplo de ello en el desarrollo de la crisis iraquí. Hemos leído una y otra vez que los Estados europeos defienden el papel protagonista del Consejo de Seguridad en su gestión, así como la vuelta de los inspectores y la exigencia de que se les deje realizar su trabajo... frente a unos Estados Unidos unilateralistas, dispuestos a utilizar la fuerza y a desestabilizar todo el Oriente Medio. Sin embargo, cualquiera que acostumbre a pensar por sí mismo y tenga algunas lecturas y memoria podrá concluir que hace poco más de un año los europeos estaban dispuestos a renunciar a que los inspectores volvieran a Irak y a levantar las sanciones, a pesar de la negativa iraquí a colaborar con Naciones Unidas; que esos mismos Estados, bajo el liderazgo de Rusia y Francia, se lanzaron a una carrera para ver quién conseguía más contratos para la reconstrucción del país, lo que sin duda tendría un efecto positivo sobre la proliferación de armas de destrucción masiva. Mientras tanto Estados Unidos ha llevado el caso primero a la Asamblea General y luego al Consejo de Seguridad y gracias a sus amenazas de recurrir, si fuera necesario, al uso de la fuerza ha logrado la vuelta de los inspectores.

Tan profundo es el rechazo al uso de la fuerza que en nuestros medios de comunicación no aparecen consideraciones sobre qué ocurriría si no se interviniese. Están claros todos los riesgos implícitos en el hecho de hacer la guerra, pero el vacío aparece en el caso contrario. Todo lo más se hacen planteamientos jurídicos sobre violaciones de resoluciones, pero nadie parece caer en la cuenta de cómo reaccionarían los vecinos de Irak si nadie pone coto a sus arsenales; de los efectos sobre la economía regional y mundial; sobre la corrientes migratorias y sobre la estabilidad de la zona. Aparentemente todo seguiría igual.

Churchill continúa teniendo razón. Cada amenaza es específica y requiere su propio tratamiento. Las palabras no sirvieron de na-

da con Hitler, ni con Milósevic en Kosovo, ni con Saddam Hussein, ni con Osama ben Laden. Con algunos de ellos tampoco fue eficaz la amenaza del uso de la fuerza. Si los europeos queremos ser respetados y contar en la escena internacional del siglo XXI convendría que empezáramos por asumir la realidad, la nuestra en relación con Estados Unidos y la correspondiente a las nuevas amenazas. El terrorismo internacional y la proliferación de armas de destrucción masiva van a caracterizar la política internacional durante las próximas décadas. Nuestro primer reto será analizar la naturaleza de esas amenazas, asumir sus consecuencias y tomar las medidas necesarias para combatirlas. Esconder la cabeza bajo tierra, intentar no ver lo que está ocurriendo y culpar a Estados Unidos por tratar de afrontarlo es un tipo de comportamiento que no lleva a ninguna parte. Por mucho que los europeos critiquemos la política norteamericana, las políticas de apaciguamiento seguirán fracasando y cuando ni siquiera son sinceras sólo nos abocarán a la decadencia.

E. P.